

prendimiento de materia anímica ha de ser exiguo. Los individuos flacos, pobres de grasa, no son flegmáticos: son coléricos ó sanguíneos.

El temperamento *melancólico* parece depender de que la materia anímica cerebral tiene una propension particular á desprenderse en la modificación mestíca,—de una gran descomponibilidad de la misma.

Lo dicho hasta ahora son cosas que toda persona que se interesa por el asunto puede comprobar y si álguien encuentra que en un punto ú otro he observado mal, le agradeceré la rectificación, pues soy el último en pensar que estas cosas pueden esclarecerse de una vez por completo. Mas lo que afirmo terminantemente, es que la parte constitutiva del sér vivo claramente señalada por mí es *su alma*. *M. Carrière*, quien en general acoge favorablemente mi teoría del alma, dice: «Por más que parezca extraña la hipótesis de *Jaeger*, encierra un núcleo de verdad: el organismo necesita una fuerza formativa y ésta es el alma, cuya individualidad se nos hace perceptible por el carácter que comunica á la materia exhalatoria que contienen de una manera particularísima las partes del organismo que se disuelven en la atmósfera.»

Es decir, que *Carrière* declara los olores *productos del alma*, (entiéndase del alma material) mientras que yo digo que son el alma misma. ¿Qué derecho tengo yo para esto?

En primer lugar tengo el derecho del descubridor de bautizar su descubrimiento. Si *Carrière* hubiese descubierto lo que él entiende por *alma*, tendría él el derecho de dar nombre al niño. Por lo demás, veremos luego que la cosa está bautizada hace mucho tiempo y que, por lo tanto, ni yo mismo tengo la elección libre.

Aun le he de contestar lo siguiente: Las materias exhalatorias son ciertamente el producto de alguna causa, mas desempeñan, como he demostrado claramente, un papel muy activo é independiente, que les da el derecho de autonomía. Para emplear un ejemplo: Mientras uno es niño, se le designa como hijo de su padre; mas, desde el momento que uno llega á ser mayor de edad, lleva su propio nombre. Lo mismo contestaría yo al que me objetara que estas materias son productos del cuerpo. He demostrado que estas materias desempeñan en la casa del cuerpo el papel de amo, y de esto resulta al ménos el derecho á un nombre distinto.

Nadie niega que los impulsos, los instintos y las sensaciones pertenecen al capítulo de los fenómenos psíquicos. Ahora cuando un naturalista descubre que todos estos fenómenos se explican por la presencia de una materia química determinada, *libre*, palpable, no pudiendo dejar de bautizar al hijo, adoptará naturalmente el nombre conocido y popular que le viene al encuen-

tro en vez de inventar otro nuevo con ayuda del diccionario griego. Es cierto que podría surgir una disputa acerca de la *palabra*: Hay pocas palabras más mal llevadas y mal traídas que la palabra *alma*; basta recordar las palabras *alma del mundo* y *alma del átomo*. Sucede con la palabra *alma* lo mismo que ántes sucedía con la palabra *infusorio*, por la que los zoólogos entendían todo el mundo menudo que no se ve con el ojo desarmado. Asimismo se usa actualmente de la palabra *alma* para todo aquello que no se ve ni siquiera con el microscopio. Por esto la suerte que sufre la palabra por mi descubrimiento es idéntica con la que hubo de aguantar la palabra *infusorio*. Los especialistas, en el terreno de los organismos diminutos, han tomado la palabra para designar un grupo zoológicamente bien definido y determinado y lo mismo hago yo; es el derecho del descubridor, y si en adelante otro designare otra cosa con esta palabra, no tendría para ello más derecho científico que el que hoy llame una diatomea infusorio á la manera de *Ehrenberg*.

Por lo demás, una disputa acerca de la palabra, la podían suscitar los filósofos, mas no los teólogos.

Es verdad que bajo el influjo de la filosofía dualista se confunden ó usan como sinónimos las palabras *alma* y *espíritu*.

A la pregunta por la naturaleza del *espíritu* he de responder buenamente que *es trascendental y su función es la idea*. El que depende de otra cosa que de las materias anímicas, además de las otras razones filosófico-teológicas, lo infiero simplemente de esto: Mientras que por las materias señaladas por mí se explican perfectamente todas las fuerzas que se manifiestan en los impulsos, instintos y sensaciones, mientras que por la suposición de un afinamiento físico de los centros de experiencia todavía completamente oscuro, nos podemos dar al ménos una explicación figurada de la acción del aparato anímico morfológico en el terreno intelectual, la naturaleza de la *idea* es y permanece trascendental.

Finalmente, he de hacer constar que los teólogos me han informado que debo ceder una parte de prioridad á *Moisés*, quien dijo que el alma «está en la sangre.» A *M. Carrière* le agradezco la noticia de que *Carus* ha designado ya como «alma» el olor exhalatorio y que considera el alma como el principio formativo individual, lo más íntimo, que en el cuerpo se forma un símbolo de su esencia y de la esfera de lo inconsciente se eleva á la luz del conocimiento.

*Carus* dice: «Es no solamente la figura fija, permanente, es mucho más, tal vez la silenciosa profunda vibración de sentimientos inconscientes que se refleja en el exterior, que resuena en el timbre de la voz y se manifiesta en calor, olor y tensión eléctrica, que afectan también el espíritu consciente. En general en aquel lado del conocimiento sensual que designamos con el nombre de *olfato*,

por el que se nos concede, precisamente porque se le hace constantemente perceptible el organismo que se disuelve en el aire, la percepción de la calidad de existencia inconsciente de otra alma.

Cierto derecho de prioridad pertenece, pues, indudablemente á *Carus*, y no quiero de ninguna manera disputárselo; él también distingue terminantemente entre *alma* y *espíritu* consciente. Con todo, creo que su prioridad en el descubrimiento del alma no es mayor que la de *Oken* en el descubrimiento de la célula. Así es que aún desde el punto de vista objetivo no se me negará cierto merecimiento en esta cuestión. Muy curioso es que *Goethe*, por lo que nos dice *M. Carrière*, olió ya el alma, como «olió» muchas otras cosas que se aclararon más tarde.

Al final de su libro interesantísimo: *El descubrimiento del alma* (TRATADO DE ZOOLOGÍA GENERAL. PARTE III. PSICOLOGÍA.) Jaeger dedica un capítulo entero á la cuestión filológica para probar que el significado que da á las palabras *alma* y *psicología* es el verdadero y correcto, y que es abusivo el uso general. En esto tiene ciertamente razón, pero esto no puede ser razón para pretender reformar el lenguaje vulgar. Mas acertado habría sido suprimir la palabra *alma* por ambigua, sustituyéndola con otra cualquiera, hasta de pura invención. Queriendo llamar la atención del público con el título de su libro, ha conseguido lo contrario de lo que convenía para su objeto: ha diezmando el número de sus lectores y su descubrimiento corre peligro de quedar cubierto y recubierto por la sombra de la palabra cuyo significado ha querido reformar inoportunamente]. N. DEL T.

Veamos lo que después de la muerte se hace con el cuerpo la vida y el alma del hombre.

Después de la muerte, el cuerpo, ó sea la sustancia material, no hallándose ya defendida contra la destrucción por el principio vital, cae bajo el imperio de las fuerzas físicas. Experimenta una serie de descomposiciones, cuyo término final es su transformación en agua, en gas ácido carbónico, amoníaco y nitrógeno, más algunas sustancias gasiformes y sólidas que representan productos menos avanzados de descomposición química. Los gases nitrógeno, ácido carbónico, ácido sulfhídrico, amoníaco, así como el vapor de agua, se esparcen en la atmósfera ó se disuelven en la humedad del terreno. Si se disuelven en el agua que baña el suelo, serán absorbidos por las raicillas de las plantas que viven sobre aquel terreno y sirven á la nutrición, al desarrollo de esas plantas. Si se esparcen en el aire, el agua de las lluvias las disuelve y las reconduce á la tierra. El amoníaco y el ácido carbónico, disueltos en el agua que empapa el suelo, se introducen por las raíces en los canales de las plantas, contribuyendo á la nutrición de las mismas.

La materia del cuerpo del hombre y de los animales no se destruye pues; no hace más que cambiar de forma, y bajo esta otra forma va á componer nuevas sustancias orgánicas. En esto el cuerpo humano no hace más que obedecer las leyes comunes de la naturaleza. Lo que experimenta, experimentalo igualmente toda sustancia organizada, vegetal ó animal, expuesta á las influencias reunidas del aire, del agua y de una temperatura medianamente elevada. Un pedazo de tejido de algodón ó de lana, un grano de trigo, un fruto, fermentan y se convierten en productos nuevos, como hace la materia de nuestro cuerpo.

La vida, ó sea el *principio vital del hombre*, no sufre esa continua transformación que sufre la materia del cuerpo humano. Ella no pasa del cuerpo del hombre ó de los animales á las plantas para volver de las plantas á los animales y al hombre. La vida es precisamente una fuerza de la naturaleza como lo son el calor, la luz y la electricidad. Como todas las fuerzas de la naturaleza, la vida tiene su principio y su fin. Tiene sus causas productivas y sus causas destructivas. Naturalmente no puede volver á encenderse cuando está apagada; no puede reempezar su curso cuando su término fatal ha llegado. No puede perpetuarse, es un efecto de la unión del alma con el cuerpo, y este estado es frágil, fugitivo, precario, sujeto á mil influencias y accidentes del azar.

La vida es muy inferior en importancia al alma que es indestructible, inmortal. El alma es un elemento esencial el más principal en el agregado ó compuesto humano. Tiene cualidades activas y positivas allí donde los dos otros elementos, el cuerpo y la vida, tienen cualidades negativas. Mientras que la vida se aniquila, mientras que el cuerpo se deshace y desaparece, el alma no puede anonadarse ni desvanecerse.

Así la vida se extingue irrevocablemente después de la muerte del hombre. En cuanto á su alma, indestructible, imperecedera, inmortal por naturaleza, ya que así la ha criado Dios, no puede perecer.

Acorde con la ciencia, la fe cristiana nos dice que el alma, después de la muerte del hombre justo, sigue viviendo en una eternidad bienaventurada, empezando una carrera nueva que luego se completará con la resurrección de la carne. La muerte por lo tanto no es el fin del hombre, es la señal de su entrada en otra vida. La tumba es la cuna de una segunda vida que no tendrá fin.

[Completaremos este capítulo con algunas consideraciones sobre la muerte aparente, y una exposición detallada de los signos de la muerte verdadera.

Nada más cierto que la necesidad de morir; no es siempre cierto que un

hombre está muerto cuando de tal le califican y como á tal le tratan. La muerte aparente existe y tiene su historia. Desde la más remota antigüedad propagábase la fama que hombres habían bajado de la hoguera ó habían salido de la tumba para reocupar su asiento entre los vivos. Atribúyese á Demócrito ó á Heráclides de Ponto un libro sobre la muerte aparente. Platon habla de un guerrero herido que permaneció diez días entre los muertos, y llevado á su casa se reanimó cuando todo estuvo dispuesto para sus funerales. Plutarco refiere que una persona, caída de cierta altura al suelo, parecía muerta, aunque no se veía ninguna herida, y se reanimó de repente al cabo de tres días cuando la llevaban á enterrar. El historiador más antiguo de la muerte aparente es Plinio, quien dedica al asunto un capítulo de su historia natural, titulándolo: *De los que llevados á sepultura resucitaron*, y se queja de la incertidumbre de los signos de la muerte. Avicula, persona que había sido cónsul, llevado á la hoguera por creerle bien muerto los médicos y la gente de su casa, vuelto en sí por las llamas, no puede ser salvado á pesar de sus gritos. El mismo accidente sucede á Lucio Lamia, que había sido cuestor. Celio Tuberon, más feliz, es salvado sobre la hoguera misma. Un individuo de la familia de Plinio mismo se despierta á tiempo cuando todo estaba concertado para sus funerales.

Semejantes errores eran bastante frecuentes en la antigüedad, y Celso se ve obligado á salir en defensa de la medicina, á cuya insuficiencia atribuían el error de diagnóstico. Los médicos buenos saben distinguir, como prueba el caso de Asclepiades, quien encontrándose en el camino con una comitiva fúnebre, comprendió en seguida que el muerto era vivo.

Á medida que nos acercamos á los tiempos modernos, las observaciones se multiplican; mas al impulso dado por Winslow en 1740 y por Bruhier en 1742, debe toda su popularidad la cuestion de la muerte aparente. Winslow, en su célebre disertacion, declara que á él mismo le habían juzgado muerto los médicos dos veces, una cuando niño y otra vez adulto ya. Reune los principales ejemplos, expone las pruebas del peligro de las inhumaciones precipitadas, estudia los signos de la muerte, indica otros nuevos, pero inscribe en el exordio de su disertacion el pensamiento que Foderé ha reproducido así: «Nada hay tan cierto como la muerte, puesto que es inevitable y tan natural como el nacimiento, y nada á veces es tan incierto, puesto que personas reputadas muertas y que habían sido sepultadas, han salido de sus ataúdes y aún de sus tumbas.»

Bruhier acumula las anécdotas y los cuentos populares, choca las imaginations refiriendo el horroroso espectáculo de los desgraciados que se despertaron en el sepulcro para morir desesperados, ó que se reanimaron un instante bajo el escalpelo del cirujano que les hacía la autopsia. En su libro hállase esta

lúgubre estadística: 52 personas enterradas vivas, 4 abiertas ántes de su muerte, 103 devueltas espontáneamente á la vida despues de estar encerradas en el ataud, 72 reputadas muertas sin serlo.

Multiplicanse las publicaciones de este género; Durande refiere hechos conmovedores; Thierry pide que la vida del hombre sea respetada y amparada en sus últimos momentos, y propone el establecimiento de casas mortuorias (1785). Hufeland publica su libro sobre la incertidumbre de los signos de la muerte, y bajo esta impresion se construye en Weimar, en 1792, el primer depósito de cadáveres, *mortis dubiæ asyllum*, para remediar el peligro de las inhumaciones precipitadas.

Al propio tiempo imprímese una direccion científica á las investigaciones; en vez de fábulas y anécdotas preséntanse trabajos serios que aumentan la seguridad del diagnóstico médico. Louis combate la doctrina de la incertidumbre de los signos de la muerte; todas aquellas observaciones, dice, distan mucho de probar que los signos de la muerte son inseguros. ¿Qué vemos en las más de ellas? El público que se engaña y que por ignorancia considera como muertos á individuos que no lo son; el médico que descubre este error y anuncia que la muerte no es real. ¿Por qué dar más importancia al primer hecho que al segundo? El uno prueba que el vulgo no ha sabido conocer la muerte; el otro que el médico la ha conocido y que por consiguiente hay signos que se lo han indicado.» Entre estos signos los más importantes para Louis son la rigidez cadavérica y las alteraciones del ojo.

Mencionaremos unas pocas de las observaciones célebres recogidas por los médicos. El emperador Zenon muere de hambre en su tumba en el año 491; un ataque de epilepsia que tuvo fué aprovechado por la emperatriz para hacerle trasladar al sepulcro imperial, donde le encerraron y dejaron solo.—El *doctor subtilis*, J. D. Scotus, se roe las manos y se rompe la cabeza en su ataud.—En todas partes repítase la historia de Vesalio.—Espínola, ministro de Felipe II, y Mazarino mismo, se habrían despertado durante una autopsia, empezada por error, terminada por política, no siendo de su partido el cirujano encargado de la operacion. Pew tuvo un gran sentimiento por una incision que practicó en el abdómen de una mujer embarazada que creía muerta y que volvió en sí á tiempo. Francisco Civilis, hidalgo normando que vivió en el reinado de Luis IX, titulábase en todos sus documentos: tres veces muerto, tres veces enterrado y tres veces resucitado por la gracia de Dios; nació por medio de la operacion cesárea practicada en su madre exhumada y fué dejado por muerto dos veces en sus aventuras de guerra.

Lancisi asegura que una persona distinguida que vivía aún en la época en